

LOS INVISIBLES

POR QUÉ LA POBREZA Y LA EXCLUSIÓN
SOCIAL DEJARON DE SER PRIORIDAD

CATALINA SILES V. (ED.)



Agradecemos el apoyo que nos ha dado la Fundación Hanns Seidel para hacer posible la publicación de este libro.

ÍNDICE

PRÓLOGO <i>Catalina Siles V.</i>	11
LAS FORMAS Y USOS DE LA VULNERABILIDAD <i>Olof Page</i>	29
ATRIA, FINNIS Y NOZICK: UNA CRÍTICA A NUESTRAS PRIORIDADES POLÍTICAS <i>Claudio Alvarado</i>	49
LA ESTRUCTURA INTERNA DE LA POBREZA MULTIDIMENSIONAL <i>Pablo Beytía</i>	71
EXCLUSIÓN INTERGENERACIONAL: NOTAS PARA UNA PREVISIÓN INTEGRAL INTERGENERACIONAL <i>Pablo Ortúzar Madrid</i>	89
LOS INMIGRANTES Y LA FORMACIÓN DE INSTITUCIONES <i>Jorge Fábrega</i>	109
PEDRO MACHUCA Y DANIEL ZAMUDIO: VIDAS PARALELAS <i>Sergio Micco</i>	129
CÁRCEL, MARGINALIDAD Y DELITO <i>Pilar Larroulet</i>	157
EL ALLEGAMIENTO O LA PROXIMIDAD INVISIBLE <i>Consuelo Araos Bralic</i>	195
PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE: IDENTIDAD, EXCLUSIÓN E INVISIBLEZACIÓN <i>Lésmer Antonio Montecino Soto, María Cristina Arancibia Aguilera</i>	233
LAS BUENAS INTENCIONES Y LA REALIDAD: CÓMO AMPLIAR LOS BENEFICIOS DEL TRABAJO FORMAL <i>Andrés Biehl L., Germán Vera C.</i>	259

He conocido a una sola persona a quien la miseria de los hombres impedía vivir: Simone Weil. Ella siguió su camino y finalmente se fue en busca de la santidad. A nosotros, a quienes la miseria de los hombres no nos impide vivir, que por lo menos no nos impida pensar.

Raymond Aron

El fanatismo, la prudencia y la fe (1956)

PRÓLOGO

Catalina Siles V.¹

“La conciencia del pobre es limpia; sin embargo, se siente avergonzado [...]. Se siente apartado de los demás, andando a tientas en la oscuridad. La humanidad no se ocupa de él. En medio de la multitud, [...] se encuentra tan a oscuras como en una cueva o en un desván. No le censuran ni reprueban sus actos; lo que ocurre es que nadie repara en él [...]. Ser totalmente ignorado, y saberlo, es intolerable”.

John Adams, *Discursos sobre Dávila* (1790-1791)

I. POBREZA Y EXCLUSIÓN

En su libro *Sobre la revolución*, Hannah Arendt intenta desentrañar el sentido de la frase de Adams que sirve de epígrafe a este texto. Según Arendt, esta aguda observación suele estar ausente de la reflexión sobre la pobreza, pese a que expresa una de las mayores injusticias cometidas contra quien vive en esa condición: el olvido. De ahí que se atreva a afirmar que “la maldición de la pobreza radica más en la invisibilidad que en la indignancia”². Ayudar a visibilizar este problema es precisamente el propósito de este libro.

En primer lugar, *Los invisibles* aborda el problema de la exclusión social, entendida, en términos generales, como la permanente imposibilidad de participar en la toma de decisiones de la vida política, social y cultural. Se trata

1 Licenciada y magister en Historia. Investigadora del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES) en temas de filosofía política, familia y género. Autora, junto con Manfred Svensson, de *Vivir juntos. Reflexiones sobre la convivencia en Chile* (Santiago: IES, 2013). Tradujo del inglés *Los fundamentos conservadores del orden liberal*, de Daniel J. Mahoney (Santiago: IES, 2015).

2 Arendt, Hannah, *Sobre la revolución* (Madrid: Alianza Editorial, 2013), 91.

de un fenómeno complejo y multidimensional, que implica la falta o negación de recursos, bienes (de todo tipo) y servicios; y, por tanto, la imposibilidad de participar en las relaciones y actividades que normalmente están a disposición de las personas “decentes” o “respetables” de una sociedad³. Esto ya lo observó el propio Adam Smith: las necesidades no se refieren solo a aquellas cosas imprescindibles para subsistir, sino a todo aquello que la costumbre de un país hace indispensable⁴.

En este sentido, las variables son difíciles de definir, puesto que dependen en gran medida del contexto: el concepto de exclusión social refiere a (y depende de) un tiempo y espacio particulares⁵. Con todo, pueden mencionarse algunos elementos básicos, tanto materiales como simbólicos, presentes en la mayor parte de los análisis de exclusión: niveles de empleo, acceso a educación, estado de salud, calidad de vivienda y entorno, acceso a servicios públicos y privados, seguridad, redes de apoyo, posibilidades de esparcimiento y recreación, y participación en la vida cívica, entre otros⁶. El artículo de Pablo Beytía apunta a este carácter multidimensional, a partir de una reflexión sobre la estructura interna de la pobreza, entendida como una red de variables vinculadas entre sí y cuyas propiedades no serían observadas al analizar los indicadores por separado o sumados entre sí. Desde luego, la exclusión social se agudiza cuando esta ausencia de participación de ciertos bienes se mantiene en el tiempo; es decir, cuando existen bajas perspectivas de un mejor porvenir⁷.

Con esos antecedentes, bien puede pensarse que de las distintas variables que influyen en el hecho de la marginalización (tales como la raza, el sexo, la religión, la nacionalidad, las discapacidades físicas o mentales,

3 Levitas, Ruth, “The concept and measurement of social exclusion”, en Pantazis, Christina, David Gordon y Ruth Levitas, *Poverty and Social Exclusion in Britain* (Bristol: Policy Press, 2006), 122-160.

4 Smith, Adam, *Sobre la riqueza de las naciones* (México: FCE, 1981), 769.

5 Atkinson, Anthony B., “Social Exclusion, Poverty and Unemployment”, en Atkinson, Anthony B. y John Hill (eds.), *Exclusion, Employment and Opportunity* (Londres: LSE, 1998), 13-14.

6 Levitas, Ruth, *et al.*, *The Multi-dimensional Analysis of Social Exclusion* (Londres: Department for Communities and Local Government, 2007).

7 Atkinson, “Social Exclusion, Poverty and Unemployment”.

etc.), hoy en Chile, la pobreza es la más gravitante de todas. Olof Page, en su artículo, explora esta perspectiva desde el concepto de vulnerabilidad y se cuestiona sobre las exigencias de justicia que supone dicha condición. Pero por paradójico que parezca, lo peor de todo es que las consecuencias más gravosas de la pobreza no se agotan en el ámbito de lo material. Por supuesto, las carencias materiales no pueden ser subestimadas en su capacidad de violentar, a veces radicalmente, la dignidad de quien las padece; pero la escasez de bienes materiales mínimos es solo la manifestación más visible de la pobreza. En efecto, la maldición de la que habla Arendt no se restringe al hecho mismo de tener bajos ingresos, sino que también implica la incapacidad de acceder al espacio público, el de las cosas comunes, del cual emana una fuente insustituible de realización humana⁸. En otros términos, aquellos que viven en pobreza se ven impedidos de acceder a recursos que, en la expresión del premio Nobel de economía Amartya Sen, hacen posible llevar una vida significativa y participar activamente en la vida de la comunidad⁹. Así, estas personas son quienes por excelencia experimentan el problema de la exclusión o marginación social. Más allá del vestido de mala calidad, la mesa modesta o el techo precario, el problema del pobre es la oscuridad, el hecho trágico de que nadie repara en él. El artículo de Lésmer Montecino y María Cristina Arancibia revisa justamente esta realidad, a propósito de las personas en situación de calle y la indiferencia que el discurso cotidiano manifiesta al respecto.

En suma, el concepto de exclusión social puede presentarse como contrapunto, entonces, con el de participación, con el hecho de sentirse parte de una sociedad y poder efectivamente incidir en ella. Desde una perspectiva convergente con la que hemos seguido acá, Amartya Sen afirma que la exclusión guarda relación estrecha con la pobreza, con el hecho de tener una

8 “El malestar que siente el pobre, una vez que ve asegurada su propia conservación, consiste en vivir una vida sin sentido y en permanecer fuera de la luz que irradia de la esfera pública, donde puede descollar la excelencia; permanece a oscuras donde quiera que vaya”, en Arendt, *Sobre la revolución*, 91.

9 Sen, Amartya, “Social exclusion: Concept, Application, and Scrutiny”, en *Social Development Papers*, n° 1. Office of Environment and Social Development, Asian Development Bank (2000), 3-6.

“vida empobrecida”¹⁰. Esto, como ya señalamos, no solo desde el punto de vista material (bajos ingresos), que es como comúnmente ha sido definida la pobreza, sino en términos de una vida “humanamente disminuida”, de una carencia de los recursos necesarios para desplegar las capacidades propiamente humanas. Para Sen, estos recursos deben ser juzgados en su capacidad de ofrecer una libertad sustantiva, real. No se trata, por tanto, de una libertad meramente formal, en el sentido de que nadie coaccione exteriormente a la persona y le prohíba elegir ciertas cosas. Eso es necesario, pero no basta para estar en presencia de una libertad verdadera: ello exige acceso a recursos habilitantes, sin los cuales la libertad tiende a ser poco más que una ilusión¹¹. Por esa razón, participar de los espacios en que estos recursos se distribuyen, tales como la familia, la escuela, el trabajo, la vida cívica, entre otros, es imprescindible para que las personas puedan realizarse como tales. El problema, entonces, es que los pobres carecen de los recursos que van más allá de la subsistencia, y esa carencia dificulta en extremo la plenitud o realización humanas¹². El capítulo de Sergio Micco desarrolla esta idea con profundidad, a partir de dos casos paradigmáticos: uno real, el de Daniel Zamudio, y uno ficticio, el de Pedro Machuca.

II. EL PROBLEMA DE LA INTEGRACIÓN

Lo que a nivel subjetivo hemos descrito como la crisis de realización que padecen los marginados constituye, al mismo tiempo, un problema de la sociedad en su conjunto. El motivo de esto se remonta a la constitución misma de la comunidad política y a los mecanismos que hacen posible su existencia como unidad de personas y agrupaciones. Émile Durkheim, uno de los padres de la sociología moderna, afirma que la integración social es el principio que

10 Sen, *La idea de Justicia* (Buenos Aires: Taurus, 2014).

11 Sobre esto resulta interesante la crítica de Charles Taylor al concepto de libertad negativa en “¿Cuál es el problema de la libertad negativa?”, en *La libertad de los modernos* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005).

12 Esto ya lo advirtió Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, libro X.

unifica las partes del todo social¹³. Una de las preocupaciones del sociólogo francés era cómo los seres humanos pueden lograr formar una unidad pese a la gran tendencia a la individuación que poseen. Desde luego, cada individuo tiene sus propios intereses, perspectivas, sentimientos y aspiraciones, y estos no necesariamente coinciden con los de los demás. Es decir, existe una gran pluralidad. ¿Qué hace, entonces, que las sociedades humanas no sean simplemente un conjunto abstracto de seres humanos aislados? Ante esta pregunta cobra relevancia el concepto de *integración social*, que describe los mecanismos y formas que mantienen a las personas vinculadas entre sí y con la sociedad como un todo unido dentro de su diversidad. Cuando estos mecanismos de integración se debilitan por algún motivo, ciertos individuos —u ocasionalmente grupos completos— pueden resultar apartados de la vida social, con consecuencias a veces altamente problemáticas. La sociología, a partir de Durkheim, ha designado esto como “anomia”, concepto que, *grosso modo*, puede definirse como la falta de adhesión a las normas sociales, lo que tiene como expresiones habituales la violencia, la corrupción y la desconfianza; la inestabilidad social en general.

En particular, Robert K. Merton define la anomia como el producto de un conflicto existente entre los ideales valorativos de una sociedad y la posibilidad de realización de esos mismos ideales¹⁴. La cultura propone valores al conjunto de los miembros de la sociedad, pero en ocasiones la estructura social no brinda a todos las mismas oportunidades de lograr la realización de sus aspiraciones, muchas de ellas inspiradas por la misma cultura. Esto genera, por supuesto, una tensión conflictiva. Es decir, cuando la estructura social dificulta a las personas alcanzar los medios legítimos para conquistar los fines que se han propuesto, por ejemplo, lograr cierto nivel de bienestar material, crece la presión para usar medios ilegítimos que sí permitan lograrlos, como el sobreendeudamiento, un problema cada vez más extendido en las familias más vulnerables en Chile¹⁵. De ahí que

13 Durkheim, Émile, *De la división del trabajo social* (Buenos Aires: Schapire, 1967).

14 Merton, Robert K., “Estructura social y anomia”, en *Teoría y estructuras sociales* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1964).

15 IdeaPaís, “Endeudamiento y pobreza en Chile”, Informe social n°1 (2014).

en condiciones de desintegración social las conductas anómicas broten con mayor frecuencia. Por cierto, la estructura social es dinámica y puede asumir formas que favorezcan o perjudiquen este acceso a recursos, con su consecuente integración o desintegración social. Para Merton, estructuras sociales altamente desiguales en ingresos y oportunidades tienden a aumentar el potencial de desarrollar conductas anómicas en los sectores menos privilegiados, sobre todo cuando uno de los valores predominantes es la acumulación de riqueza, símbolo de éxito y prestigio, de estatus social. Esto pone en evidencia la importancia de atender a los procesos sociales que se vinculan con las diversas formas de integración social y sus problemas. El artículo de Pilar Larroulet, que a partir de la evidencia explora la controvertida relación de marginalidad y delito, es muy ilustrativo al respecto.

III. MODERNIZACIÓN Y MERCANTILIZACIÓN: EL CASO CHILENO

Entre los diversos procesos sociales que podrían revisarse de cara a estos asuntos, es especialmente importante la expansión experimentada en la sociedad moderna por el mercado y el dinero como medios de integración social. En *La gran transformación*, Karl Polanyi analiza críticamente la tendencia de la modernización capitalista al establecimiento de una “sociedad de mercado”¹⁶. Es decir, una sociedad en que, si no todas, al menos la gran mayoría de las operaciones sociales se coordinan a través de interacciones mercantiles. Naturalmente, este proceso otorga al dinero una centralidad para la integración que en otros contextos no posee. Este proceso usualmente pone más dinero en poder de todas las personas, aunque de manera profundamente desigual. Así, para Polanyi, el costo que se paga por el incremento (dispar) de las condiciones materiales de vida de las personas es una “dislocación social”¹⁷, en que las minorías privilegiadas pasan a llevar una vida fundamentalmente ajena a la que desarrollan los más pobres y vulnerables. Desde luego, el desacoplamiento de los intereses de ambos grupos atentaría seriamente contra la integración social. En este sentido, el

¹⁶ Polanyi, Karl, *La gran transformación* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2003).

¹⁷ Polanyi, *La gran transformación*.

establecimiento de una sociedad de mercado sería una potencial fuente de marginación.

Con todo, debemos advertir que no toda desintegración genera exclusión o marginación, sino solo aquella en que algunos quedan privados de los recursos necesarios para llevar una vida buena¹⁸. El mercado mismo es una fuente de integración social, y es precisamente el mercado la institución que, a juicio de autores como Habermas, se convierte en un medio dominante de integración en la sociedad contemporánea¹⁹. Sin embargo, son sus límites, en buena medida trazados por la posesión de dinero, los que excluyen de hecho a muchas personas, cuando él se convierte en el principio que determina el reparto de la inmensa mayoría de los bienes. Como ha enfatizado Michael Sandel, el hecho de carecer de suficiente dinero tiende a significar un problema de acceso a prácticamente la totalidad de los recursos y procesos sociales relevantes²⁰. También porque, como observaba el propio Polanyi, la expansión mercantilizadora suele ser correlativa a un segundo efecto importante, al menos en aquellas ocasiones en que esta se desarrolla como

18 Las personas que cuentan con mayores recursos, por ejemplo, aunque pueden vivir en un contexto de desintegración social, no necesariamente se ven marginadas, pues cuentan con una posición individual más fuerte y con recursos que les permiten una mayor participación social.

19 Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid: Taurus, 1999). Para Habermas, si bien es cierto que la sociedad contemporánea puede describirse a partir de procesos de especialización funcional, es probablemente ingenuo desconocer que ello no desemboca aun en una sociedad “acéntrica” como postula Luhmann, porque ciertos mecanismos funcionales, como el dinero, la burocracia y el poder, tienden a colonizar ámbitos de la vida social que, a juicio del autor alemán, sería deseable que estuvieran integrados mediante comunicaciones discursivas, es decir, que impliquen diálogo, argumentación y, en fin, procesos de deliberación conscientes.

20 Sandel, Michael, *Lo que el dinero no puede comprar* (Barcelona: Debate, 2013). “Mientras más capacidad adquisitiva tenga el dinero, mientras más pueda comprar, más relevante es la tenencia o falta de este”.

Ya lo decía Marx: “El dinero, en la medida en que posee la propiedad de comprarlo todo, de apropiarse de todos los objetos, es el objeto por excelencia [...]. Mi fuerza es tan grande como lo sea la fuerza del dinero [...]. Lo que soy y lo que puedo no está determinado en modo alguno por mi individualidad. Soy feo, pero puedo comprarme la mujer más bella. Por tanto, no soy feo, porque el efecto de la fealdad, su fuerza ahuyentadora, queda anulado por el dinero. Según mi individualidad, soy tullido, pero el dinero me procura veinticuatro piernas: luego: no soy tullido [...]. ¿Acaso no transforma mi dinero todas mis carencias en su contrario?” (*Manuscritos económicos y políticos de 1844*).

un proceso sin límites políticos. Este efecto consiste en el notable aumento de las desigualdades materiales que es facilitado por el desarrollo de la modernización capitalista. Las explicaciones que vinculan la desigualdad a la expansión de los mercados son variadas y muchas de ellas objeto de múltiples discusiones. En términos generales, podemos señalar que el mercado, siendo una forma muy abstracta de coordinación de vínculos sociales, tiene, sin embargo, muchas dificultades para reunir toda la información relevante para una transacción equitativa. En concreto, es incapaz de hacerse cargo de las diferencias extramercantiles (producto de variables individuales, como las capacidades personales, y estructurales, como el nivel socioeconómico de origen) y que tienden a reproducirse a través del propio mercado. Es justamente tarea de las instituciones políticas hacer visibles estas desigualdades y regularlas; pero cuando la lógica mercantil se expande a casi todas las esferas de la vida social, o, peor aún, cuando la economía y la política se entrecruzan —es decir, cuando el poder y el dinero operan conjuntamente—, estas desigualdades suelen verse aún más acentuadas, con graves consecuencias para el sistema político y económico, cuestión sobre la que volveremos más adelante.

El sociólogo Eduardo Valenzuela, en *La rebelión de los jóvenes*²¹, destaca el hecho de que, entre las distintas vías posibles hacia la modernidad²², el caso chileno es un buen ejemplo de modernización por vía del mercado. Este proceso tiene importantes consecuencias en el modo en que se desarrolla la integración social y, por tanto, a la hora de distinguir los grupos socialmente integrados de los marginales. Desde que Ferdinand Tönnies desarrollara esta

21 Valenzuela, Eduardo, *La rebelión de los jóvenes* (Santiago: Ediciones SUR, 1984).

Esto, que en ocasiones puede desarrollarse de forma natural, en el caso chileno contó con una importante dosis de premeditación, contenida en el llamado “proyecto neoliberal”, desarrollado en los años 80 por los *Chicago boys*.

22 La teoría social ha señalado distintos mecanismos como aquellos que caracterizan la modernización de la sociedad. Muchas veces estos mecanismos son complementarios, pero en ocasiones constituyen explicaciones del fenómeno que rivalizan entre sí. Así, se ha caracterizado la modernidad a partir de la especialización funcional, de la industrialización, de la burocratización y de la masificación social, entre otros. En el caso chileno, el énfasis que aquí se pone es que la modernización puede ser descrita especialmente como un proceso de mercantilización.

distinción en su clásica obra *Comunidad y sociedad*²³, es posible diferenciar la integración que es propia de contextos premodernos (que podemos designar como “comunitarios”) de aquella propia de la modernidad (que podemos llamar “societarios”). En el caso de los órdenes comunitarios (tanto las sociedades premodernas como las comunidades de raigambre tradicional que siguen operativas en la modernidad, tales como las familias, las amistades y las comunidades religiosas), la integración se desarrolla sobre la base de vínculos personales fundados en el conocimiento mutuo, y en la semejanza de fines y valores. En el caso de los órdenes societarios, por contraparte, la integración se basa, fundamentalmente, en la interdependencia funcional que surge en el contexto de sociedades altamente complejas, cuyos participantes no se conocen personalmente, pero se relacionan entre sí porque sus intereses particulares los conducen a hacerlo. En este caso podemos hablar de un modo “contractual” de integración, a diferencia del modo “presencial” que caracteriza a los órdenes comunitarios.

Todo esto explica que para Valenzuela la modernización chilena represente un proceso de contractualización de las relaciones sociales, que de alguna manera sustituye la cohesión que ofrecen los fines y valores comunes por una forma de integración que, si bien coordina a las personas, no garantiza la cohesión social y, de hecho, tiende a prescindir de ella, lo que favorece la atomización de las relaciones sociales²⁴. Por cierto que este fenómeno tiene múltiples manifestaciones en nuestro orden social; en su artículo, Pablo Ortúzar aborda el tema desde el punto de vista de la justicia intergeneracional, y cómo esto se traduce en algunos de los problemas de nuestro actual sistema previsional. Así, las relaciones entre las personas pierden su contenido personal y se vuelven casi exclusivamente funcionales. Este es el modo de integración que caracteriza una sociedad gobernada por el mercado, pues, como reconoce Friedrich von Hayek, el mercado puede ser entendido como la ausencia de comunidad de fines y valores²⁵. En este proceso confluyen los dos

23 Tönnies, Ferdinand, *Comunidad y sociedad* (Buenos Aires: Losada, 1927).

24 Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, 19.

25 Hayek, Friedrich, “Los principios de un orden social liberal”, en *Estudios Públicos*, n°6 (1982). Trabajo presentado en el encuentro de Tokio de la Sociedad Mont Pelerin, en septiembre de 1966.

problemas señalados antes. Por un lado, la desintegración social implicada en la impersonalidad de las relaciones sociales mediadas por el dinero: un medio muy universal y al mismo tiempo insensible a las características y relaciones personales de los sujetos vinculados por él²⁶. Y por el otro, el acrecentamiento de las desigualdades dada la expansión ilimitada del mercado a esferas de la vida social que tradicionalmente le eran ajenas. Ambos procesos dan forma a un orden social que, amén de su notable incremento en la capacidad de producir riqueza, deja a quienes no están debidamente dotados de los recursos que el mercado demanda —por excelencia, dinero— en una posición de marcada exclusión, tanto de los asuntos públicos como, muchas veces, de los bienes elementales requeridos para llevar una vida plenamente humana. Mientras más bienes (materiales y no materiales) pueda comprar el dinero, más problemática y relevante pasa a ser la desigualdad.

El premio Nobel de economía Joseph Stiglitz advierte en *El precio de la desigualdad*²⁷ sobre algunas problemáticas generadas por los elevados grados de desigualdad. Estos últimos bien pueden convertirse en una amenaza para un sano funcionamiento de la democracia. En efecto, la “colonización” del mercado²⁸ también se produce en la vida cívica, poniendo en peligro la estabilidad del sistema político. Su frase “un dólar un voto” —más allá de su tono evidentemente polémico— sirve para comprender cómo la desigualdad puede entrar en tensión con los ideales democráticos, y con la idea misma de justicia. Aunque naturalmente se trata de un problema de múltiples dimensiones, Stiglitz piensa que la desigualdad producida por el mercado se ve radicalizada por las fallas de la política, que enfrenta serias dificultades para regular estas ineficiencias. Esto conduce a la pérdida de confianza, como motor de cohesión social, y del sentido de identidad, que puede llevar a altos

26 El dinero puede operar con un mínimo de requisitos “sociales”, vale decir, no presupone, para operar adecuadamente, la vigencia de ningún vínculo social significativo (el dinero puede operar sin que seamos amigos, parientes, etc.). Y dado que no los necesita, no tiene ningún problema en erosionarlos, debilitarlos o derechamente quebrarlos con tal de operar adecuadamente.

27 Stiglitz, Joseph, *El precio de la desigualdad* (Madrid: Taurus, 2011).

28 Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*.

niveles de conflictividad. Y al mismo tiempo, a una economía menos eficiente y productiva²⁹.

Desde luego, Chile no ha estado ajeno a estos problemas. El proceso de modernización llevado a cabo en el país ha sido ambivalente. Si bien los niveles de crecimiento fueron notables durante las últimas tres décadas, no todos se vieron beneficiados de él. Al otro lado de la moneda nos encontramos con que, en el mejor de los casos, el 14,4% de la población continúa en la pobreza y el 4,5%, en la indigencia³⁰. Que 4 de cada 10 familias se encuentran en situación de vulnerabilidad. Y que quienes más se ven afectados son las mujeres, los niños, aquellos que pertenecen a algún pueblo originario y quienes viven en zonas rurales: ese es el rostro de los excluidos en el Chile de hoy. Asimismo, el país encabeza la lista de los índices de desigualdad de los países que conforman la OCDE, con un coeficiente de Gini del 0,56, con brechas salariales de 29 veces entre el primer y el último decil, en un país como el nuestro³¹, y donde la participación del 1% más rico del país es del 30,5% del ingreso total. El 0,1% se lleva el 17,6%, y el 0,01% acapara el 10,1% del total, según un estudio realizado por académicos de la Universidad de Chile³².

IV. ¿QUÉ HACER?

Hasta acá, hemos dicho que el problema central que ocasiona y da forma a la exclusión social es el de la pobreza, que además se ve acentuada por nuestros altos niveles de desigualdad. Así también, he señalado que en sociedades que otorgan un papel preponderante al mercado esta vinculación es aún más

29 El buen funcionamiento de la economía necesita de ciertas condiciones sociales: estabilidad, confianza, empleabilidad, entre otras, que hagan posible un verdadero crecimiento. Véase Stiglitz, *El precio de la desigualdad*.

30 Ministerio de Desarrollo Social, *Encuesta Casen 2013*.

31 Casen 2013. Además, el 70% de los asalariados gana menos de \$400 mil líquidos al mes. La mediana de ingresos formales es de \$260 mil líquidos. Eso significa que la mitad de los asalariados gana menos que eso cada mes.

32 López, Ramón E., Eugenio Figueroa B. y Pablo Gutiérrez C, "La 'parte del león': Nuevas estimaciones de la participación de los súper ricos en el ingreso de Chile", *Serie de Documentos de Trabajo*, n° 379, Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile (2013).

directa. Ello no implica desconocer que hay otros factores de marginación que en ocasiones llegan a ser determinantes, e incluso hirientes. Dichos mecanismos, que ya mencionamos al inicio, como por ejemplo la raza, el sexo, la religión, las discapacidades de distinto tipo, entre muchos otros, no deben desatenderse. En este sentido, por ejemplo, el artículo de Jorge Fábrega analiza los obstáculos institucionales que impiden a los inmigrantes —sobre todo a aquellos con menos recursos— integrarse socialmente como ciudadanos con plenos derechos, y las consecuencias negativas que esto supone para ellos mismos y para el país. No obstante, muchas veces las prioridades políticas parecieran centrarse casi exclusivamente en reivindicaciones identitarias, y que a quienes padecen el problema de la pobreza les ha sido añadido el insulto del olvido³³. En este sentido, cobra relevancia la tesis defendida por Walter Benn Michaels en su obra *The Trouble with Diversity*³⁴, para quien las banderas propias de algunas minorías bien posicionadas o vinculadas con elites relevantes terminan por llevar a segundo plano injusticias elementales. La preocupación por una agenda política razonable y justa debe volver a poner su mirada sobre aquellos que, carentes de los recursos necesarios para influir en las élites que dirigen el curso del país, ven sus problemas relegados al segundo o tercer plano. En Chile hay, en la actualidad, una amplia porción de la población que carece de acceso a bienes básicos, como salud, vivienda, educación y justicia. El hecho de que sean ignorados es la señal más clara de que, al día de hoy, ellos siguen siendo los principales marginados. Basta pensar en la situación de los niños del Sename, en los barrios controlados por el narcotráfico o aquellos en que no hay acceso a servicio básico alguno —la marginación urbana—, en la situación de los presos de nuestras cárceles —develada brutalmente por el incendio de la cárcel de San Miguel— y en las duras condiciones que viven los inmigrantes en nuestro país. En este contexto,

33 En estricto sentido, existe una afinidad profunda entre el liberalismo económico y las reivindicaciones identitarias, pues ambas ponen el acento en los derechos individuales, desde los cuales no es posible fundar una acción común, indispensable para la política. Mansuy, Daniel, “Rehabilitar la política”, en Bellolio, Cristóbal (ed.), *#dondeestaelrelato* (Santiago: Instituto Democracia y Mercado, 2011), 90-92.

34 Michaels, Walter Benn, *The Trouble with Diversity: How We Learned to Love Identity and Ignore Inequality* (Nueva York: Owl Book, 2007).

el artículo de Claudio Alvarado ahonda en ciertas ideas que dificultan la existencia de una agenda política más justa, a partir del concepto de justicia distributiva propuesto por John Finnis.

Por último, nos parece importante apuntar a las posibles vías de solución respecto de las problemáticas perfiladas a lo largo de este texto. Desde luego, se trata de fenómenos sumamente complejos, por lo que no existen soluciones unívocas. Sin embargo, pensamos que las dificultades señaladas pueden mitigarse, en la medida en que repensemos algunos aspectos de nuestro actual modelo de desarrollo. Si, como hemos afirmado, el problema de la exclusión guarda relación con los mecanismos de integración social, y estos actualmente parecen descansar muy marcadamente en medios impersonales como el dinero, una solución o atenuación insustituible está dada por la preservación de ámbitos personalizados de integración, que favorezcan cierta dosis mínima de cohesión social. Como bien afirma Eduardo Valenzuela, “toda sociedad necesita mecanismos de integración no contractuales”³⁵.

Estos ámbitos o mecanismos de integración personalizados guardan una relación estrecha con la que fue, a juicio de Robert Nisbet, la principal idea política del siglo XIX, a saber, la idea de comunidad³⁶. La preservación de formas de integración comunitarias supone fijar la mirada más allá de los dominios del Estado y el mercado, y situarla más bien en el papel de la sociedad civil. Ahora bien, urge pensar esta no tanto como una extensión del mercado, es decir, no como un ámbito meramente privado de la vida social, sino como una dimensión cuyo papel es eminentemente público. En muchos sentidos, la asociatividad espontánea de las personas da lugar a comunidades que están más cerca de los marginados y de los excluidos, mientras que el Estado y el mercado —en especial considerando el carácter centralista y concentrado que, respectivamente, presentan en Chile— tienen muchas dificultades para concitar un sentido de pertenencia, una identidad común. Así, el surgimiento, mantención y fortalecimiento de una sociedad civil robusta parece ser una vía

35 Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, 12.

36 Nisbet, Robert, *La formación del pensamiento sociológico* (Buenos Aires: Amorrortu, 2010).

privilegiada de integración de aquellos a quienes el poder y el dinero parecen estar incapacitados de ver. Al fin y al cabo, quienes necesitan de una sociedad civil robusta no son tanto los más favorecidos, sino sobre todo los invisibles, para quienes sus relaciones con los otros a veces constituyen su único soporte. Consuelo Araos advierte esta necesidad en su capítulo sobre el allegamiento, como solución residencial de las familias más pobres, para garantizar la proximidad familiar. En este sentido, favorecer familias cohesionadas y estables, barrios y juntas de vecinos activos y vitales, sindicatos y organizaciones laborales con capacidad de acción es una forma de asociación cuya fuerza para integrar a los excluidos y superar la pobreza es probablemente más penetrante que la burocracia estatal y el dinero. Estas comunidades de sentido exigen un vínculo moral y convicciones comunes por las que se está valerosamente dispuesto a responder, con la conciencia de que el bien del individuo está estrechamente vinculado con el bien de los demás.

No obstante lo anterior, no debe desestimarse el lugar que les cabe a las grandes instituciones modernas, Estado y mercado. El Estado, por su parte, cumple un rol insustituible en la regulación política de la vida social, y especialmente de la actividad económica. Es probablemente el agente que con más fuerza puede asegurar una cierta distribución equitativa de algunos bienes básicos, cuyo acceso el mercado ha revelado ser incapaz de asegurar por sí solo. En este sentido, el énfasis en la sociedad civil no puede constituir un olvido del Estado, ni una subestimación de su función. Con todo, Andrés Biehl y Germán Vera muestran con razón en su artículo, a través de un análisis de la regulación del mercado laboral chileno, que las políticas estatales deben tener en cuenta las condiciones concretas de aquellos a quienes intentan beneficiar, pues de otro modo se termina perjudicándolos.

Al mismo tiempo, estas afirmaciones a favor de la sociedad civil y el Estado tampoco excluyen la conciencia del lugar que le cabe al propio mercado en la superación de la pobreza, pues esta institución ha revelado que, mientras no se salga de control político, es la que más eficazmente opera al momento de producir la riqueza, sin la cual la superación de la pobreza resulta imposible. En este sentido, es urgente cuestionarse sobre el papel y alcance que debiese detentar el mercado, y sobre el significado de ciertos bienes y prácticas

sociales. Esto se vincula, por ejemplo, con la discusión de los últimos años respecto al tratamiento de bienes públicos, como la educación, la salud, la seguridad o el medio ambiente, como bienes de consumo o *commodities*.

Esas discusiones no admiten simplismos, pero no pueden ser ignoradas. No es exagerado decir que, en muchos sentidos, hoy vivimos cada vez más apartados, segregados y desvinculados unos de otros. Y todo indica que mientras más cosas pueda comprar el dinero, menos ocasiones de encuentro habrá, con la consecuente erosión social. Como nos recuerda Sandel: la democracia no requiere de una igualdad perfecta, pero sí de compartir una vida en común, pues solo así podrá importarnos el bien común, aquello que nos afecta a todos, y aprenderemos a negociar nuestras diferencias³⁷. Esperamos que las páginas que siguen ayuden en ese propósito, comenzando por al menos vislumbrar la realidad de aquellos que menos tienen y, por lo mismo, más nos necesitan.

Para terminar, quisiera agradecer a cada uno de los autores que participaron en este libro, quienes, con un trabajo serio y dedicado, aportan una mirada diversa e interdisciplinaria a un problema muy complejo, que no admite aproximaciones unívocas. Asimismo, esta publicación no sería posible sin el trabajo de todo el equipo del IES, especialmente de Joaquín Castillo, quien esmeradamente se ocupa de cada uno de los libros de nuestra colección. Y, finalmente, agradezco a quienes aportaron con sus ideas y comentarios a la elaboración de este prólogo, particularmente a los investigadores del IES, y a Cristóbal Ruiz-Tagle y a Eduardo Galaz.

37 Sandel, *Lo que el dinero no puede comprar*.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, libro X.
- Arendt, Hannah, *Sobre la revolución* (Madrid: Alianza Editorial, 2013).
- Atkinson, Anthony B., “Social Exclusion, Poverty and Unemployment”, en Atkinson, Anthony B. y John Hill (eds.), *Exclusion, Employment and Opportunity* (Londres: LSE, 1998).
- Durkheim, Émile, *De la división del trabajo social* (Buenos Aires: Schapire, 1967).
- Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid: Taurus, 1999).
- Hayek, Friedrich, “Los principios de un orden social liberal”, en *Estudios Públicos* n°6 (1982). Trabajo presentado en el encuentro de Tokio de la Sociedad Mont Pelerin, en septiembre de 1966.
- IdeaPaís, “Endeudamiento y pobreza en Chile”, Informe social n°1 (2014).
- Levitas, Ruth, “The concept and measurement of social exclusion”, en Pantazis, Christina, David Gordon y Ruth Levitas, *Poverty and Social Exclusion in Britain* (Bristol: Policy Press, 2006), 122-160.
- Levitas, Pantazis, Fahmy, Gordon, Lloyd y Patsios, *The Multi-dimensional Analysis of Social Exclusion* (Londres: Department for Communities and Local Government, 2007).
- López, Ramón E., Eugenio Figueroa B. y Pablo Gutiérrez C, “La ‘parte del león’: Nuevas estimaciones de la participación de los súper ricos en el ingreso de Chile”, en *Serie de Documentos de Trabajo*, n° 379, Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile (2013).
- Mansuy, Daniel, “Rehabilitar la política”, en Bellolio, Cristóbal (ed.), *#dondestaelrelato* (Santiago: Instituto Democracia y Mercado, 2011).
- Marx, Karl, *Manuscritos económicos y políticos de 1844*.
- Merton, Robert K., “Estructura social y anomia”, en *Teoría y estructuras sociales* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1964).
- Michaels, Walter Benn, *The Trouble with Diversity: How We Learned to Love Identity and Ignore Inequality* (Nueva York: Owl Book, 2007).
- Ministerio de Desarrollo Social, *Encuesta Casen 2013* (Santiago: Ministerio de Desarrollo Social, 2015).

- Nisbet, Robert, *La formación del pensamiento sociológico* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2010).
- Polanyi, Karl, *La gran transformación* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2003).
- Sandel, Michael, *Lo que el dinero no puede comprar* (Barcelona: Debate, 2013).
- Sen, Amartya, "Social exclusion: Concept, Application, and Scrutiny", en *Social Development Papers*, nº 1. Office of Environment and Social Development, Asian Development Bank (2000).
- Sen, Amartya, *La idea de Justicia* (Buenos Aires: Taurus, 2014).
- Smith, Adam, *Sobre la riqueza de las naciones* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1981).
- Stiglitz, Joseph, *El precio de la desigualdad* (Madrid: Taurus, 2011).
- Taylor, Charles, *La libertad de los modernos* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005).
- Tönnies, Ferdinand, *Comunidad y Sociedad* (Buenos Aires: Losada, 1927).
- Valenzuela, Eduardo, *La rebelión de los jóvenes* (Santiago: Ediciones SUR, 1984).